

LA OBLIGADA VIA DE LA INTERCULTURALIDAD

El texto que sigue es, fundamentalmente, la intervención que tuve en la reunión de la CEC, celebrada en Buckden el 11 de diciembre del 2000. Dado que en el año 2001 se realizará la visita generalicia a los Organismos de la CEC, me pareció oportuno reflexionar con sus Superiores Mayores sobre la situación de estos Organismos y sobre su futuro ^[1]. He reelaborado el texto y, aunque se habla desde Europa y para Europa, se ofrece a todos los Superiores Mayores de la Congregación, porque considero que lo que sucede en estos Organismos de Europa afecta, de una u otra manera, a toda la Congregación. Es muy difícil vivir hoy la propia situación sin hacer referencia a los lazos que nos envuelve. Nuestra vida se halla marcada por la pluralidad, la interdependencia, la complejidad y la ecología. Es difícil para las partes ser del ser vivo desentenderse del todo.

Se halla en conexión con la rica experiencia habida durante los tres últimos años por haber participado como miembro en el trabajo de reflexión realizado por la Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales (USG). El tema tratado ha sido: “Dentro de la globalización: hacia una comunión pluricéntrica e intercultural. Implicaciones eclesiológicas para el gobierno de nuestros Institutos” ^[2]. El intercambio de puntos de vista con teólogos de distintos continentes me ha hecho ver el trascendental momento que estamos viviendo los religiosos y me ha ayudado a entrever por dónde se pueden encontrar vías de respuesta a problemas serios que ya se nos están planteando en la Congregación.

*El mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la celebración de la Jornada mundial de la paz de este año, dedicado al “diálogo entre las culturas para una civilización del amor y de la paz”, se inscribe en el “Año internacional del diálogo entre las civilizaciones”. Este bello documento puede también ayudarnos en nuestra reflexión sobre **la obligada vía de la interculturalidad** que ha de asumir la Congregación en el inicio de este tercer milenio.*

Este año 2001 para nosotros claretianos, conmemorando el 150 aniversario de la llegada de Claret a Cuba, es un tiempo propicio para aprender a aceptar y asumir lo diverso.

I. REALIDAD CONGREGACIONAL EN EUROPA

1. Entre luces y sombras

Comienzo haciendo un acto de reconocimiento y gratitud ante todos y cada uno de los miembros de los Organismos de la CEC. Su vida misionera, sus trabajos apostólicos, son exponente del espíritu claretiano que les anima. El **Proyecto Misionero Claretiano** para Europa, que están elaborando a una con la Conferencia Ibérica, describe correctamente la realidad congregacional. En él se hallan bien resaltados todos los aspectos positivos que cabría aquí destacar.

Las estadísticas se hallan en el último Catálogo de Congregación. Los números no serían preocupación mayor, si las edades fueran bajas. Pero el índice de edad, exceptuada Polonia, es alto. Y el problema se agrava cuando se examina la perspectiva vocacional. Tanto para los Superiores Mayores de la CEC como para el Gobierno General es objeto de seria preocupación. Todos nos preguntamos: ¿Qué cabe hacer y qué cabe esperar? Desde luego no adelantamos nada con ensoñar el pasado y lamentarnos por la situación actual.

La situación de estos Organismos hay que leerla en el contexto amplio de toda la Congregación, de la que son miembros, incluso dentro del contexto de la Iglesia y de la sociedad europea. Nuestra Congregación, en su conjunto, está creciendo y haciéndose más joven. Pero el futuro de la mayor parte de los Organismos de CEC no va a ser próspero a corto plazo y sólo se va a poder asegurar desde la solidaridad congregacional.

1. El marco amplio de la sociedad y la Iglesia en Europa

El contexto nos lo ha dejado descrito la II Asamblea de los Obispos para Europa. Este continente que quiere ser “casa común” se halla tensionado, cuando no dividido, por no haber reconciliado la memoria de las divisiones históricas y por los intereses egoístas de los poderosos. La filosofía individualista y pragmatista, los maestros de la sospecha, la postmodernidad y el pensamiento débil, están alimentando la secularización de las conciencias y la increencia. Al menos, están debilitando la fe cristiana. En Europa es demasiado fuerte la seducción del bienestar, del afán de dominio y del placer, descuidando las bolsas de pobreza y de marginación. El proceso de globalización y el neoliberalismo económico están marcando diferencias cada vez más profundas y suscitando exclusiones. En su escenario aparecen la limpieza étnica, el olvido de las minorías, la violación de los derechos humanos, la falta de una adecuada comprensión y aprecio por la vida humana. No es de extrañar que en este contexto sea tan bajo el índice de natalidad.

Como datos positivos sobre los que construir una Europa más unida y cristiana se han constatado la recuperación de la democracia y, con ella, la libertad religiosa para las Iglesias en el Este; el movimiento de integración en la Comunidad europea; la tradición cristiana de los pueblos; los nuevos movimientos de solidaridad y de espiritualidad; el voluntariado y el asociacionismo para el compromiso cristiano en los distintos ámbitos: laboral, sanitario, educativo, cultural; el crecimiento de la cultura del otro y la cultura de la solidaridad; el progresivo compromiso de personas e instituciones en favor de la paz, la justicia y la salvaguarda de la creación y la mayor participación de la mujer en las estructuras eclesiales.

La Iglesia en Europa se siente llamada a *revitalizar* la fe cristiana, a dar *testimonio* de Cristo vivo en la sociedad, a fomentar la *comunión* “ad intra” y “entre” las Iglesias y a intensificar el diálogo con otras confesiones. Si quiere confesar la fe y ser testigo de esperanza, ha de motivar a los agentes de evangelización, promover la participación y la

corresponsabilidad en su seno, dar mayor protagonismo a los laicos, privilegiar la evangelización de la cultura y hacer operativa la solidaridad en el interior de Europa y con los países pobres de otros continentes.

Durante el Sínodo no faltaron intervenciones sobre la vida consagrada signo de esperanza para Europa. En las Propositiones se hace referencia explícita a los religiosos en nueve ocasiones. En algunas de ellas con carácter inclusivo. Se subraya la dimensión carismática, profética y escatológica de la vida consagrada. Se agradece la decisiva participación en la construcción de Europa, de su evangelización y de su espiritualidad. Se pone de relieve su capacidad de ser memoria de la gratuidad, su testimonio de fraternidad, su hacer iglesia en el intercambio de dones, sus múltiples servicios en la educación, sanidad, “missio ad gentes”, en el acompañamiento de los jóvenes y en la pastoral vocacional.

La proposición 19 está dedicada a la vida consagrada, contemplando las diferentes formas de la misma. Dice textualmente:

“El Sínodo reconoce la parte fundamental que tuvieron el monacato y la vida consagrada en la realización y reafirmación de la evangelización en Europa. Y hoy no es menor su participación en la plasmación y reconstrucción de la identidad cristiana de nuestro continente. El deseo de trascendencia, o la aspiración a nuevas formas de espiritualidad, que se manifiestan actualmente en la sociedad europea –no obstante el secularismo y hedonismo dominantes– pueden encontrar una respuesta en la vida y el celo de los consagrados, que se someten a la primacía absoluta de Dios con su donación total, el culto espiritual y la convivencia cotidiana. La vida consagrada, don del Espíritu a la Iglesia y para la Iglesia (cf VC 3; 19), sigue siendo signo de esperanza para esta Europa secularizada, dividida y consumista. Los Obispos, conscientes de su específica vocación, animamos a los consagrados a ser memoria de Jesús y de su Evangelio en las Iglesias particulares. Las comunidades cristianas esperan de ellos un inequívoco testimonio de santidad, de experiencia y fidelidad al Espíritu, que es el mejor correctivo del secularismo. La sociedad pluricultural y multirreligiosa necesita el signo de su fraternidad como estímulo para la integración de valores diversos y para superar divisiones y egoísmos (cf VC 51). Cuantos buscan o vagan sin sentido por la vida desean encontrar en ellos testigos del Invisible, “interlocutores privilegiados” y acompañantes espirituales (cf VC 103). Las Iglesias de oriente y de occidente de Europa confían en su crecimiento intelectual, espiritual y pastoral para que, a través de un fructífero intercambio de dones, puedan afrontar diversos areópagos de misión (cf VC 96-103) y las nuevas formas de pobreza que aparecen en nuestro Continente. Aunque sean menos y de mayor edad, la Iglesia en Europa continúa contando con los consagrados para anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la esperanza en los otros continentes”.

3. La sabiduría del crepúsculo

"La palabra crepúsculo ha estado siempre unida al concepto de fin, extinción, derrota, ruina, acercamiento a la muerte ... pero no significa derrota, ni meta fatal, ni fin del tiempo ... constituye sólo un signo de puntuación en el ciclo eterno de la naturaleza y de la vida, en el

cual algo termina solamente para que otra cosa pueda comenzar" .

En aquellas regiones de la Congregación en las que se vive un crepúsculo, éste ofrece la posibilidad de detenerse, de evaluar, de reflexionar sobre un período de luz, de esfuerzos, de creatividad, de conservación y transmisión del carisma y de la espiritualidad para descubrir en todo ello lo positivo y lo negativo y para abrirse a un pluricentrismo y a la necesaria inculturación que esto exige. Es necesario superar las tentaciones del desaliento, del derrotismo y de las visiones pesimistas que la falta de vocaciones, el aumento de la media de edad y los condicionamientos socioculturales y demográficos notablemente secularizados pueden provocar en estas situaciones.

Durante más de un siglo la Congregación floreció especialmente en Cataluña, luego en toda España, en Europa y en América. Gracias a este florecimiento ahora se halla presente en todos los continentes el patrimonio espiritual claretiano. Ha llegado para Europa el momento de reflexionar, de hacer un balance; pero, sobre todo, de preparar un nuevo amanecer que responda a los desafíos del momento presente.

Hemos de estar convencidos de que nuestra vida *"es siempre una vida 'tocada' por la mano de Cristo, conducida por su voz y sostenida por su gracia"*.^[4] Hay que superar el miedo con la certeza de que *"la vocación a la vida consagrada en el horizonte de toda la vida cristiana, a pesar de sus renunciaciones y sus pruebas, y más aún gracias a ellas, es camino "de luz" sobre el que vela la mirada del Redentor: "Levantaos, no tengáis miedo"*^[5]. No se trata de una vuelta al pasado para repetirlo, sino más bien de ponerse a la escucha de la Palabra de Dios en la Escritura y en la vida, como hicieron nuestros Misioneros, para *"discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable a El y perfecto"* (Rom 12, 2).

Sólo desde esta convicción se puede seguir trabajando en la pastoral vocacional. Los Claretianos de Europa habrán de preguntarse personalmente cada uno si ha hecho todo lo que tenía que hacer por las vocaciones y qué más podía hacer por las vocaciones.

La llamada a la profecía que nos hizo el Capítulo General no fue retórica, sino muy profunda. Fue una invitación a una nueva vida, sin ataduras y sin componendas. La Europa claretiana puede volver a tener nuevo amanecer si revive su vocación profética. Y no se escude en que la mayor parte de nuestros hermanos son viejos. Recuerdo la experiencia de un Superior General que, visitando China, se encontró con una anciana de 85 años, casi ciega y sorda, que reunía junto a sí, en la clandestinidad, a grupos de jóvenes para prepararlas a la vida consagrada. ¿Qué les ofrecía aquella mujer? Fidelidad, alegría y paz, como fruto de la confianza que inspira la fe en el Señor. Concluía el Superior General: "Eh aquí una gran profetisa".

La Congregación en Europa puede y debe ofrecer la sabiduría del crepúsculo, es decir,

de este tiempo de madurez en el que algo nuevo quiere comenzar, aunque no sepamos cómo va a ser. Nosotros, occidentales, acostumbrados a vencer y a conquistar, “*evidentemenete, no sabemos casi nada de la vitalidad de la pequeñez, y no digamos de su atractivo. Apenas sabemos nada de la mano de Dios en situaciones desesperadas. Desgraciadamente, sabemos poco de la fuerza de una sola persona con el corazón en ascuas, en contraste con la ineficacia de multitudes apáticas. Nos especializamos en el tamaño, no necesariamente en el compromiso*”^[6]. Quizá sea este el reto más fuerte que tenemos: cultivar la espiritualidad del empequeñecimiento.

La sabiduría del crepúsculo se posa sobre quien tiene la convicción inalterable de que la vida claretiana en Europa está disminuyendo, pero no en decadencia. Y, aunque seamos pocos y más ancianos, podemos seguir siendo testimonios del Dios vivo, vigías en el curso de la historia, profetas en la sociedad y en la Iglesia. Hombres que acogen, comparte, se dejan sorprender por lo nuevo, acompañan y hasta se dejan guiar.

Los Organismos de Europa mostrarán la sabiduría del crepúsculo, en el que se hallan envueltos, si aciertan a conjugar simultáneamente los oficios maternal y discipular.

II. LA OBLIGADA VÍA DE LA INTERCULTURALIDAD

Antes he indicado que el futuro de los Organismos de Europa pasa por la real solidaridad congregacional. Es verdad que será difícil mantener las posiciones y servicios mínimos si no se reciben refuerzos. Pero la presencia de claretianos de otros continentes en Europa no resuelven inmediatamente el problema. Es preciso colocarse ante el nuevo hecho que supone esta presencia de personas de otras culturas, con otras formas de ver la Iglesia y la sociedad, al servicio del Evangelio en Europa. Conviene prepararlos, sí; pero conviene *prepararnos*.

Se nos abre, al igual que en la sociedad y en la Iglesia, una vía obligada a seguir y que hemos de recorrer sinodalmente, conjuntamente, en diálogo sincero y constructivo. Es la vía de **la interculturalidad**, que no es sinónimo de “**integración**”. No estamos inventando nada nuevo. El Consejo de Europa ha pedido a los Estados que recorran la vía obligada de la interculturalidad^[7]. El gran “Proyecto Europa” pasa por el encuentro de culturas en el que la diferencia no es sacrificada sobre el ara de la asimilación. En la Iglesia y en la Congregación se van a hacer más notorias las diferencias; van a aparecer con mayor relieve los distintos modos de expresar la identidad cristiana y claretiana. La coexistencia en relación provocará una reflexión circular que llevará a un conocimiento más preciso de las propias identidades y a un recíproco intercambio de dones que fructificará en nuevos proyectos de vida y de acción evangelizadora.

Aunque tuviéramos muchas vocaciones y fuéramos autosuficientes para gestionar nuestras obras en Europa, tendríamos que adentrarnos en este sendero, un tanto tortuoso, como es el de la interculturalidad. Basta abrir los ojos a la realidad que nos circunda. Nos hallamos en un cambio de época, que, como bien sabemos, es algo más radical y extensivo que lo que la *Gaudium et Spes* decía al caracterizar el periodo nuevo de la historia “*por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero*” (GS 4). Me remito al Informe del Secretario de la ONU, Kofi A. Annan, con ocasión de la cumbre del inicio del Milenio [8]. Se está operando una transformación en el mundo y la Iglesia está adquiriendo un nuevo rostro [9]. Nada más hace falta ver dónde está creciendo el cristianismo y qué nueva composición van teniendo los colegios episcopal y cardenalicio. Estamos pasando de un Iglesia monocéntrica y europea a una Iglesia pluricéntrica [10] en la que cuenta no sólo ya América Latina, sino también Asia y Africa. Otro tanto sucede en la vida consagrada, cuyas comunidades están adquiriendo un notorio pluralismo étnico y cultural. La procedencia de las nuevas vocaciones hacen cambiar los estilos de vida, los modos de pensar y de ejercer la misión apostólica.

1. Se hace urgente optar por la interculturalidad

En la Congregación hemos tenido algunos logros en estos años de postconcilio. a) Fuimos capaces de reconciliarnos con el nombre: Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María – Misioneros Claretianos. Vimos que no se puede ser Claretiano sin ser Hijo del Corazón de María, tal y como lo entendió y vivió el Padre Fundador. b) Nos reconciliamos en la fraternidad y misión todos los miembros de la Congregación: Presbíteros, Diáconos, Estudiantes y Hermanos. c) Nos reconciliamos en la diversidad de apostolados. Todos somos misioneros. d) Nos hemos reconciliado con las opciones fundamentales de nuestra vida misionera. Hoy nadie las discute. Pero en lo que no acabamos de reconciliarnos es en la interculturalidad. La Congregación en pocos años se ha visto enriquecida con muchas y muy diversas culturas y está exigiendo que nos ocupemos de este hecho, que tanto afecta a la vida y misión de la Congregación. Es claro que el tema tiene otras bases de explicación más amplias, que compartimos con otros institutos. Hago referencia a estas tres.

1) La *centralidad de la misión evangelizadora* en los Institutos hace que optemos por la internacionalización y la interculturalidad. Esto nos lleva a preguntarnos si queremos asumir o no las exigencias que conlleva la emergencia del pluralismo étnico, cultural y religioso. La misión hoy pide un nuevo talante, un modo de relacionarnos diferente, más flexible y dialogante, más dispuesto a acoger y a colaborar, ante la realidad social y eclesial en que nos hallamos.

2) La *complejidad de nuestro mundo envuelto en fenómenos contrarios y contrapuestos*. Hablamos de mundialización y hablamos de afirmación de las identidades culturales. La movilidad de los pueblos conlleva el cambio de las culturas. Nuestro mundo se hace mucho

más multiétnico, multicultural y multirreligioso. En este escenario tenemos que ubicar el desarrollo del proceso de internacionalización e interculturalidad tanto eclesial como de los Institutos.

3) *El proceso seguido en los Institutos hacia la multiculturalidad.* Hasta no hace tantos años, las comunidades en las misiones estaban formadas por misioneros procedentes de las “Iglesias Madres”. Las vocaciones nativas se fueron incorporando a la vida del Instituto y han aportado nuevas energías al dinamismo misionero. Se fueron dando, así, los primeros pasos hacia la pluriculturalidad interna de las comunidades. La persistente llamada de Juan Pablo II a la misión “ad gentes”, en un momento en el que ha ido siendo más fácil la movilidad en el mundo, ha cosechado sus frutos vocacionales en los Institutos Religiosos. A pesar de que en Europa era menor el número y más elevada la edad de sus miembros, se han producido considerables desplazamientos en estos últimos veinte años. Todo ello ha dado como resultado una multiplicación de presencias en las iglesias particulares con carácter pluricultural. El crecimiento vocacional en Asia y Africa se ha vivido con gozo en los Institutos.

Como consecuencia, los Institutos se han visto *enriquecidos, purificados y dinamizados* ^[11]. Han comenzado a experimentar en su interior el *pluricentrismo*. Son ya plurales los sectores influyentes en los Institutos. Los Gobiernos Generales están más representados culturalmente. Las comunidades han comenzado a dialogar con un nuevo lenguaje evangélico entre sí y para los demás; han inaugurado nuevas vías de comunicación y de acción evangelizadoras en el mundo globalizado.

Se puede decir que hoy día el paso de la monoculturalidad a la pluriculturalidad es un hecho en casi todos los Institutos. Se está dando en ellos un paso de página en su historia. Ya no cuenta sólo Europa, ni sólo América, sino que también algo tiene que decir Asia y Africa. Al no tener vocaciones en la nación o continente de origen, la herencia carismática pasa a otras culturas mayoritarias con formas de pensar, de valorar y de actuar muy diferentes. Para algunos Institutos este cambio se está produciendo con demasiada celeridad y, por falta de adecuada asimilación del carisma, han sufrido dificultades en los diversos aspectos de la vida interna y acción misionera. Todo esto, con cuanto tiene de gracia y de cruz, hay que verlo como uno de los desafíos más fuertes que está interpelando actualmente a los Institutos de vida consagrada. El Evangelio sigue cuestionando a cada uno de los miembros de los Institutos sobre su comprensión y voluntad de hacer fraternidad, comunidad, misión compartida.

Los Sínodos, que conocen esta problemática ^[12], siguen contando con la presencia y el servicio evangelizador de los consagrados, pero *desde la inculturación y la contextualización histórica*, según recomiendan las Exhortaciones postsinodales. Están pidiendo, por lo mismo, a los consagrados, implicarse en el proceso que comporta redescubrir el rostro de Cristo en un preciso contexto cultural. Tenemos que partir de los supuestos de que *si la fe no toca lo social la mentalidad queda pagana* ^[13] y de que “una fe que no se hace cultura es una fe que no ha

... sido plenamente acogida, enteramente pensada ni fielmente vivida”^[14]. En este sentido, los consagrados se sienten obligados a plantearse y a responder sobre cómo están viviendo la *internacionalización, inculturación del carisma e interculturalidad*^[15], que tienen resonancias en la evangelización, en el estilo de vida fraterna (convivencia), en la espiritualidad, en la formación, en el gobierno y en la economía.

2. Exigencias de la interculturalidad

A lo largo de los siglos se ha comprobado cómo el carisma de cada Instituto posee la fuerza de insertarse en las diversas culturas asumiendo expresiones varias. Manteniendo viva la referencia a la universalidad, es capaz de acoger y de hacer emerger los auténticos valores característicos de cada contexto. Por eso se puede decir que cada nueva presencia y servicio evangelizador es una genuina *refundación*, pues hace germinar, crecer y fructificar el carisma del Fundador en lugares culturales diversos. En cada carisma fundacional se ofrece una radical apertura a la interculturalidad.

Hace unos años, cuando la cultura era homogénea, hubo cierta prevención a la fundación de comunidades internacionales o pluriculturales. Hoy, que la sociedad es cada vez más pluricultural, existe un movimiento a favor de las comunidades internacionales. Probablemente sean menos eficaces y sean más lentos sus procesos, pero tienen otros valores que las homogéneas no tenían. Suponen, es cierto, mayor exigencia si quieren de verdad ser significativas y testimoniantes.

La internacionalización de un Instituto implica la interculturalidad. Cuando se habla de internacionalización, no se hace referencia únicamente a la integración de miembros de distintas naciones de un mismo área geográfica, sino de continentes diversos. Por eso, hay quienes prefieren hablar de intercontinentalidad. Lo cual comporta no sólo aceptar la composición plural de origen, sino de optar por una verdadera *interculturalidad*. Es decir, entrar en un proceso de intercambio y respeto recíproco de culturas diversas, de historias y sensibilidades, de sentimientos y experiencias de pertenencia, de costumbres y tradiciones, que imprime un nuevo dinamismo y mayor fecundidad a la vida religiosa y a la Iglesia.

No todos los Institutos religiosos tienen por qué vivir esta opción con la misma extensión. Hay Institutos en los que la mayor parte de sus miembros normalmente viven su consagración y misión en los propios contextos culturales en los que han nacido o profesado y sólo se les exige estar abiertos a la comprensión y a la solidaridad. Algunos –cada vez mayor en número- de los miembros de estos Institutos, por las nuevas fundaciones, por cooperar en obras de interés universal o por ayuda entre Organismos, son llamados a vivir la interculturalidad. Pero hay otros, como son los Institutos llamados misioneros que entrañan la opción por la interculturalidad, en el sentido de que, aun teniendo en las Provincias o comunidades, suficiente personal del país, deben incorporar miembros de otras culturas en esa

Provincia o comunidad. Tal es el caso de los Combonianos ^[16].

Entrar en el proceso de interculturalidad supone algo más que la mera yuxtaposición y tolerancia ^[17] o llegar a entenderse en una misma lengua. Requiere un positivo esfuerzo para ir más allá de la propia cultura, pensar desde el otro y adoptar un correcto modo de situarse en relación con él, que no es un rival ^[18]. Implica un convencimiento de que “*Dios no hace acepción de personas*” (Hech 10,34) e iniciar un camino de espiritualidad basado en la experiencia de Pentecostés y de las Iglesias primitivas, que vivieron ya este *intercambio* de dones que aportan las culturas ^[19]. La fraternidad y la misión universal nacen de la efusión del Espíritu sobre la diversidad de pueblos y razas. Una comunidad, una Provincia, un Instituto son verdaderamente internacionales e interculturales en la medida en que se abren a otras culturas y aceptan e integran dinámicamente las diferencias culturales en la vivencia cotidiana del propio carisma. La historia de las comunidades nos dice que es preciso recorrer el itinerario de la *reciprocidad*, que comporta “descentrarse” y acoger lo diverso ^[20].

Pero el itinerario de la interculturalidad es largo, lento y doloroso, pues no está exento de conflictos y de cruz ^[21]. La interculturalidad no se puede pensar y menos vivir desde la afirmación de superioridad de la propia cultura o desde los criterios heredados. Exige cultivar la apertura, la escucha, el reconocimiento, la aceptación mutua, la conversión, la purificación y, también -¿por qué no?-, la celebración de los valores del otro. Es preciso individuar las heridas causadas por factores históricos, raciales, sociales, económicos,... y, eventualmente, por experiencias personales para poderlas sanar y establecer unas relaciones positivas. Igualmente es obligado *reconciliarnos con la historia* para evitar toda clase de prejuicios, estereotipos y proyecciones distorsionadas que incapacitan el diálogo, la confianza y la buena relación. Por otro lado, no se puede estar invocando la diversidad para defender posturas egoístas ^[22].

La opción por la interculturalidad tiene, para los religiosos, un soporte eclesiológico y evangelizador consistente y dinámico, con improntas de verdadero profetismo para el mundo de hoy ^[23]. Un Instituto es una comunidad del Reino; es una comunidad de seguidores, de discípulos de Jesús, que conviven con El y anuncian el Evangelio. El valor primordial que revela un Instituto es la comunión creada por el Espíritu para la misión evangelizadora. El Instituto, antes que ser organización externa, es una comunidad fraterna y, por lo mismo, cuando hacemos referencia a los nacidos en otros países, no cabe hablar de extranjeros sino de hermanos. Vamos a tener que fomentar la espiritualidad de la reciprocidad ^[24], del diálogo y del intercambio, para superar todo tipo de barreras que pueden surgir por la diferencia de situaciones geográficas, condiciones sociales, lenguas, costumbres, historia de los pueblos a los que se pertenece.

La interculturalidad a nivel comunitario se expresa con muchos pequeños detalles: espacios y tiempos, decoración, celebraciones, revistas, uso de la TV, etc. La creatividad, cuando es fruto de una puesta en común, ofrece maravillas. Pero lo más importante es hacer de la interculturalidad una *forma de vida en común*, tal y como la refleja VC n. 51, y el documento de la CIVCSVA: *La vida fraterna en comunidad* n. 42. La vida comunitaria se torna así en *auténtica profecía en acción* en una sociedad en la que las personas de culturas diversas se encuentran cada vez más obligadas a convivir^[25]. Ante una sociedad pluricultural nuestra primera respuesta evangelizadora no puede ser otra que la de la fraternidad y, a la vez, la de un apoyo decidido a crear paz, respeto, tolerancia, diálogo; es decir, un clima en el que pueda ser acogido el mensaje salvador de Jesús, que se encarnó para redimir a todos los hombres.

3. Pensando en el futuro de la formación, del gobierno y de la economía

3.1. La formación requerida

La situación descrita postula una formación adecuada para vivir la identidad compleja y hacer de ella una fuerza integradora y no un principio de contradicción interna^[26]. Los años de formación inicial son el tiempo adecuado para educar a a la diferencia^[27].

Hemos de ser muy agradecidos con las vocaciones que nos llegan, donde quiera que sea. Pero hoy es preciso poner cuidado en la acogida, el discernimiento y la selección, pues han de ser los agentes futuros en la evangelización de un mundo complejo. El tiempo de formación, en sus diversas etapas, es el momento adecuado para la inculturación del carisma y para habilitar a los formandos a vivir de forma integrada y unitaria la pertenencia al Instituto, a la Iglesia, al pueblo; para abrir y ensanchar la mente y el corazón de los formandos a lo diverso y prepararles para el diálogo de vida, intercultural e interreligioso; para aprender a colaborar con personas de otras culturas; para promover el discernimiento de los auténticos valores que construyen el Reino y el oportuno uso de los massmedia^[28]; para propiciar prácticas de oración diversa a la propia y para promover el aprendizaje de lenguas y fomentar experiencias de vida en otros contextos culturales. Cada una de estas experiencias han de ser realizadas en vista a una visión y vivencia más universal. Están surgiendo estilos de vida, teologías, liturgias, métodos de evangelizar, bastante diversos a los que nos hemos ido acostumbrando. Adentrarse en ellos exige serio y profundo estudio de los temas desde la *interdisciplinariedad*.

Muchos Institutos se encuentran hoy con que donde tienen vocaciones no hay formadores y donde no tienen vocaciones hay formadores. Y no es fácil hacer destinos para esas naciones porque o los formadores no están preparados para educar en otras culturas o no son aceptados por los jóvenes por no ser de la propia cultura^[29]. Prepararse para vivir en la multiculturalidad: este es el reto que hay que asumir por parte de todos: de los destinados, de

los formandos y de los superiores.

La Comisión Teológica de la USG hace esta indicación: “La formación en un ambiente internacional se convierte en un instrumento de ‘búsqueda’ -laboratorium- que trata de armonizar la identificación con la propia cultura y la necesidad de conocer, cambiar y asimilar otras culturas. Es propio de los jóvenes estar abiertos al intercambio positivo y cultural. Son necesarias iniciativas unificantes (centros internacionales de primera formación o de formación permanente, experiencias de colaboración apostólica etc.), pensadas como momento de mutua integración. Esto exige que todo sea puesto en circulación, para conseguir un enriquecimiento mutuo”^[30].

Es obvio que los centros internacionales de formación deben ser foros de encuentro en la multiculturalidad y no un medio para fomentar la uniformidad, que, a estas alturas, ya ha debido ser transcendida.

3.2. *La solicitud del gobierno*

Las cuestiones de las que el gobierno habrá de ocuparse con mayor solicitud son, entre otras: 1) A la unidad en el pluralismo. El servicio de unidad y de comunión se fomenta no por la centralización sino por la información, el diálogo, la participación y la corresponsabilidad. 2) Al proyecto de vida global de la Congregación según el propio carisma. 3) A la participación en la vida y misión de la Congregación, en todos los niveles: local, provincial y general, a las personas que provienen de las nuevas culturas que se incorporan en ella. Esto implica tener en cuenta la descentralización y la autonomía concedida a los Organismos Mayores o Regiones, incluso a las comunidades a través de proyectos particulares. 4) A la necesaria relectura de las Constituciones para asumir valores y expresiones religiosas y culturales. Los Capítulos Generales están para promover la asimilación y revivir el carisma fundacional prestando atención a los nuevos núcleos de vida que emerge en los distintos contextos. 5) A la necesidad de fomentar el dinamismo de las estructuras intermedias de dialogo y consejo (Conferencias regionales). 6) A promover la participación en las Conferencias de religiosos y la colaboración entre Institutos.

Una especial solicitud se exige ante el hecho de las *mayorías* y *minorías* en los Institutos. Lo refleja muy bien la Carta de la Dirección de los Combonianos: “Los orígenes históricos y el desarrollo de todo instituto llevan consigo la inevitable hegemonía de la cultura del grupo original, que frecuentemente es también mayoritario. Esto crea una dinámica particular en el diálogo intercultural. Por una parte, el grupo mayoritario tiende a perpetuar tal hegemonía, juzgando –a veces por simple inercia- que los grupos minoritarios no han asimilado suficientemente el espíritu del carisma o no están todavía preparados para asumir responsabilidades. La consecuencia es la vigencia de un único modelo, que se perpetúa ‘democráticamente’ por la fuerza de los números, pero sin la debida atención al sentir de las minorías, que quedan relegadas a un silencio más o menos resignado. Por otra parte, puede

sucedier que una minoría particularmente combativa, manipulando el concepto de víctima injustamente oprimida, imponga siempre su criterio. Se pasaría así de la dictadura de la mayoría a la dictadura de la minoría. La solución justa no es la lógica de los ‘vencedores’ o ‘vencidos’ ni tampoco el silencio ‘pro bono pacis’ de una o de ambas partes, que no deja satisfecho a nadie y que genera un clima sordo de tensión y desconfianza mutua. La única vía es el diálogo abierto y generoso en el que cada grupo se esfuerza en ir al encuentro de la sensibilidad y aspiraciones del otro - en espíritu de comunión y respeto de la verdad”^[31].

3.3. Interdependencia y solidaridad económica

Personas y bienes han de ser vistas como “patrimonio común” del Instituto que está al servicio de la misión, pero hay que ver el modo mejor para promover la solidaridad, tanto en el interior del Instituto con la comunicación de bienes personales y materiales como en comunidades cristianas que pueden contribuir a través del voluntariado de sus miembros o con sus bienes^[32]. Es importante que en este intercambio se transparente el más genuino compartir cristiano sin que aparezca el dominio de unos sobre otros. La comunicación de bienes es signo profético en este mundo globalizado y egoísta. Los Institutos han de empeñarse cada vez más en buscar el modo de que desaparezcan las desigualdades entre las diversas zonas u Organismos.

La solidaridad ha de ejercerse de forma ordenada y con transparencia, tanto en el que entrega como en el que recibe. La solidaridad va unida a la subsidiariedad, pues nadie debe pedir a otro lo que puede alcanzar por el propio trabajo, el propio ingenio u otros medios. La solidaridad tiene que asumir el diferenciado estilo de vida, según las circunstancias de los distintos lugares. En un pueblo pobre no se puede vivir como ricos y en un pueblo rico se ha de vivir austeramente para compartir con quienes padecen necesidad. Por tanto, “dé cada uno según sus posibilidades y pida cada uno según sus necesidades”.

La comunicación de bienes con los familiares de los miembros de la Congregación está regulada por el Directorio. Generalmente es la comunidad local la que atiende, pues es la que mejor conoce las necesidades. Esto permite transformar los vínculos de la carne y de la sangre en vínculos de fraternidad evangélica.

4. Exigencias de una comunidad multicultural

Es previsible que en un futuro inmediato aumenten en los Organismos de la CEC los claretianos provenientes de otras culturas asiáticas y africanas. Ya hay algunos, pero el número, ha de ser mayor, si queremos mantener estos Organismos. Cuando aumente este

número, ¿estaremos preparados para recibirlos? ¿Cómo será la vida de nuestras comunidades? ¿Cómo habrá que preparar los proyectos de misión? No hay que dar por supuesto, sino que conviene reafirmarlo, que quienes llegan a nuestros Organismos son hermanos nuestros que han recibido el mismo espíritu de Claret y se sienten animados por la caridad apostólica. No son extranjeros, sino hermanos los que llegan y los que integran con igualdad de derechos y obligaciones nuestras comunidades.

Es verdad que la Congregación en Europa ha de ejercer su función maternal comunicando vida, creando hogar, haciendo familia. Pero, a un mismo tiempo, se ha de mostrar atenta, acogedora, discípula y fraterna ^[33].

Pensando en las posibles comunidades multiculturales, conviene tener en cuenta:

a) *Una precisa y adecuada comprensión de lo que es la cultura.* No debemos confundir la persona con el vestido que lleva, o con lo que come o con su modo de cantar, de pintar, ... “*La cultura es expresión cualificada del hombre y de sus vicisitudes históricas, tanto a nivel individual como colectivo.* En efecto, la inteligencia y la voluntad le mueven incesantemente a ‘cultivar los bienes y valores de la naturaleza’ (cf GS, 53), plasmando en unas síntesis culturales cada vez más altas y sistemáticas los conocimientos fundamentales que se refieren a todos los aspectos de la vida y, en particular, los que atañen a su convivencia social y política, a la seguridad y al desarrollo económico, a la elaboración de los valores y significados existenciales, sobre todo de naturaleza religiosa, que permiten a su situación individual y comunitaria desarrollarse según modalidades auténticamente humanas” ^[34].

b) *Evitar cualquier asomo de superioridad cultural.* Toda cultura tiende a considerar que su propia forma de sentir, respecto a la vida y al modo de pensar y actuar es la más correcta (a veces esto se da de forma inconsciente). Todos tendemos a esperar que los demás piensen y reaccionen como nosotros en las diferentes circunstancias.

c) *Hacerse cargo de los problemas de la lengua.* Cuando se vive donde no se tiene la capacidad de expresarse debidamente, se experimenta un control en las emociones. Se produce el shock de encontrarse en una sociedad y un ambiente distintos de aquellos en que encuentra su propio sentido de identidad y de expresión. Es imprescindible atender el proceso de aprendizaje y ser tolerantes, a la vez que estimulantes.

De aquí que sea necesario hacer propias las siguientes exigencias:

a) La vida en la comunidad intercultural requiere una personalidad bien formada, integrada humana y espiritualmente; exige igualmente completa libertad y pérdida de nosotros mismos para aceptar al otro y para colaborar con el otro en el proyecto misionero.

b) Es esencial una profunda vida interior para poder vivir la multiculturalidad con apertura a

otros modos de pensar, de sentir y de plantearse los problemas de vida consagrada y de vida apostólica. Para aceptar sinceramente al otro necesitamos un verdadero conocimiento de nosotros mismos y de nuestra cultura; cuando más profundas son nuestras raíces culturales más posibilidades tendremos de estar abiertos a los diversos valores culturales sin perder nuestra identidad.

- c) El respeto por nuestra cultura y por la de los otros está subordinado a los valores evangélicos, al proyecto de vida de comunión del Instituto, las CC y a los planteamientos pastorales de las Iglesias particulares.
- d) Estar convencidos de que una comunidad multicultural bien integrada es una respuesta actual y válida a los desafíos de la evangelización, testimoniando que es posible vivir en unidad, aun en medio de la diversidad de culturas. La comunidad intercultural hace creíbles a sus miembros y es signo profético en la Iglesia y en el mundo de hoy. Lo cual implica asumir lo que hay de conflicto, de cruz, de muerte y resurrección.
- e) Una visión global y positiva del mundo de hoy favorece una válida experiencia con diversas culturas y nos ayuda a ser creativos en la evangelización de manera nueva.

5. Algunas recomendaciones

5.1. A nivel personal

- a) Buscar siempre los valores culturales positivos de cada hermano y de las comunidades y ofrecerles una escucha activa, con simpatía. Intentar mantener controlada la hipersensibilidad con respecto a cualquier asomo de superioridad cultural. Precisamente porque es espontáneo llegar a considerar que las propias categorías mentales son las mejores, se ha de estar de sobre aviso para evitar cultivar el "colonialismo" cultural.
- b) Individuar las heridas causadas por factores históricos, raciales, sociales... incluso por eventuales experiencias negativas personales, para poder curar y establecer relaciones positivas. Mirar honestamente dentro de nosotros mismos y admitir que estamos llenos de prejuicios. Aprender a ser conscientes de ello y ser honestos respecto a los prejuicios y sentimientos, dándoles un nombre y tomando conciencia del mismo. Éste es el primer paso hacia la conversión y a la colaboración en la pastoral.
- c) Identificar los propios prejuicios culturales y el sentimiento de superioridad o inferioridad para no dejarnos influenciar por ellos. Aprender a suspender los juicios sobre las actuaciones de los demás mientras no se haya reflexionado e intentado comprender qué puede haberlos motivado.

d) Empeñarse en un diálogo que ayude a conocerse mejor, a comprender y aceptar recíprocamente las diversas culturas y los métodos de evangelización. Estar abiertos a aceptar que los propios errores sean puestos en evidencia y los reconozcamos. Observar las reacciones de los hermanos y aprender de ellos. Cultivar la cualidad de la *simpatía*: cuáles son los sentimientos de los otros y cómo los manifiestan.

e) Saber relativizar la propia cultura y nuestros modos de actuar, siempre que se salven los valores esenciales del Evangelio y las orientaciones de la Iglesia.

f) Profundizar en la propia cultura y en la de los demás, y profundizar sobre aquellos temas que pueden ser más conflictivos. Procurar entender cuales son las concepciones de cualquier otra persona a partir de elementos como el rol de la familia, de la autoridad, la asunción de decisiones, el rol de los sexos, la religiosidad popular, etc.

5.2. A nivel comunitario (*mirando hacia adentro*)

a) Incluir en los tiempos de los encuentros comunitarios momentos para compartir y escuchar recíprocamente la vida y la cultura de cada uno. Asegurarse que se dé un verdadero compartir.

b) Celebrar significativamente las fiestas del país donde está la comunidad. Igualmente, recordar las fiestas más importantes del País de procedencia de cada uno de los miembros de la comunidad.

c) Dar cabida en algunos momentos a las expresiones culturales de los hermanos que forman parte de la comunidad.

d) Para favorecer las relaciones fraternas, evitar, por un lado, imponer aquellos aspectos culturales que puedan molestar o hacer difícil la vida; por otra parte, ser flexibles y tolerantes.

e) El estilo de vida confortable de los países del primer mundo es extraordinariamente seductor. Se necesita una formación para saber valorar lo que cuestan las cosas, lo que supone adquirirlas. La pobreza, por ser entendida de muy diversos modos según las diferentes culturas, ha de ser objeto de reflexión compartida frecuentemente. La inspiración y referencia al Evangelio y al carisma del Instituto, juegan un papel decisivo.

5.3. A nivel comunitario (*mirando hacia afuera*)

a) Mantener viva la conciencia de que la comunidad claretiana es esencialmente misionera, se debe al pueblo y trabaja para el pueblo donde se halla viviendo.

b) Es preciso mantener una formación continua para el trabajo en equipo con miembros de diversas culturas. Compartir los análisis de realidad, fijar objetivos juntos, asumir

responsabilidades en conjunto.

c) A pesar de los fallos que existan, los contrastes y los conflictos, hay que saber empezar cada día convencidos de que quien empezó en nosotros la buena obra, la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús (cf Fil. 1, 6)..

DANDO UN PASO ADELANTE

No basta hablar del futuro de la Congregación en Europa o en otros continentes. Hay que empezar a crearlo ya. *“El futuro es construcción”*, dijo Paul Valery.

La reflexión sobre la Congregación en Europa nos ha llevado de la mano a tratar de la interculturalidad como una opción que habremos de secundar a nivel universal. Se multiplicarán las comunidades interculturales. Tal vez la mejor forma de prepararlas es insistir ya, desde los años de formación inicial, en esta perspectiva.

En estos presupuestos se apoya la iniciativa del Gobierno General que pediría a la Provincia de Castilla que abriera el Estudio Teológico de Colmenar Viejo (Madrid) a un grupo de estudiantes de distintos Organismos jóvenes para que vivan este proyecto de internacionalidad e interculturalidad.

El Seminario de Colmenar cuenta con infraestructura de edificio, Profesores, Biblioteca, Aula Claret (Biblioteca claretiana), y reconocimiento de los estudios teológicos en la Universidad de Comillas-Madrid. Puede ofrecer un contacto con lugares claretianos y con muchas comunidades o personas de la Congregación. Para el acompañamiento de los jóvenes formandos habría algunos Claretianos con experiencia misionera internacional.

La experiencia formativa durante cuatro o cinco años de teología en un clima de apertura a la Congregación puede ser útil, tanto para sus Organismos de origen, donde pueden luego hacerla partícipe como en otros Organismos de la Congregación que necesiten misioneros.

No queremos hacer otro Claretianum de Roma u otro Teologado como el de Salamanca en la década de los años 60. Se trataría, más bien, de tener un grupo pequeño y con formadores que pudieran acompañar a los seminaristas de origen africano o asiático.

Este proyecto nos va a estar invitando a vivir la vocación misionera con un nuevo talante. Puede ayudarnos a entrar en el Tercer Milenio con aquella disposición de gozo y de audacia propia de quienes, habiendo recibido el Espíritu Santo, como en Pentecostés, se dan cuenta de que se cumple la promesa de Jesús (Hch 1, 8) y de que a todos los pueblos les alcanza la salvación (Hch 2, 6-12).

Roma, 10 de marzo, 2001.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General

-
- [1] Una parte de este escrito se halla en el artículo “*Los Sínodos continentales interpelan a la vida y misión de los Institutos*”, que he publicado en la revista “*Comentarium pro Religiosis*”, 81 (2000) 211-253.
- [2] La Comisión Teológica de la USG ha ofrecido un subsidio de reflexión con este título a todos los religiosos. En él se halla incorporadas las sugerencias hechas por los Superiores Generales en la Asamblea de Noviembre del 2000. Este texto lo publicarán a partir de marzo del 2001 las más importantes revistas de vida consagrada.
- [3] VACLAV HAVEL, *La mia Europa al crepuscolo*, Repubblica, 21.VI, 1996, 6.
- [4] VC 40
- [5] ib.
- [6] CHISTTISTER, Joan: *El fuego en estas cenizas*. Santander, 1998, 97.
- [7] Cf PEROTTI, A: *La via obligata dell’interculturalità*. EMI. Bologna.1994.
- [8] Federico Mayor Zaragoza, hasta hace poco Presidente de la UNESCO, nos ha dejado descripciones en sus libros: *Los nudos gordianos*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999 y *Un mundo nuevo*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000.
- [9] Están siendo considerados como los grandes escenarios del cambio: la globalización, la sociedad multimedial, la postmodernidad, el mestizaje etnico-cultural y la justicia, la paz y la salvaguarda de la creación.. Cf NANNI, A: *Una nuova paideia. Prospettive educative per il XXI secolo*. Bologna, 2000.MAYOR ZARAGOZA, F.: *Un mundo nuevo*, Barcelona, 2000.
- [10] Cf MIDALI, Mario: *Teologia práctica. 2 Attuali modeli e percorsi contestauali de evangelizzazione*. Roma, 2000, 65-83.
- [11] Las tres palabras recogen bien el proceso de gozo y esperanza, de superación de limitaciones y conflictos, y de apertura hacia nuevas perspectivas. Cf MACCISE, C: *Gli Istituti religiosi luego d’incontro multiculturale*, en “*La vita consacrta e la sfida dell’inculturazione*”. Roma, 1996, 77-94.
- [12] Basta releer atentamente VC, no desde lo que denuncia, que es poco, sino desde lo que exhorta, vg.: nn 13, 51, 85...
- [13] Cf PIERLI, F: a.c.p.71
- [14] Cf JUAN PABLO II: *En la inauguración del Consejo Pontificio para la Cultura* (20-V-1982).
- [15] Ha estudiado ampliamente este tema Francesco Grasselli: *Internazionalizzazione e inculturazione del carisma degli istituti missionari*, Rev. AD GENTES, 3 (1999) 186-222. Cita un buen número de estudios realizados por los Institutos misioneros.

[16] Cf Carta de la Dirección General (6-I-1999): “*La interculturalidad en la comunidad comboniana*”, n. 32.

[17] Cf SARTORI, G: *Pluralismo, multiculturalismo e estranei*, Milan, 2000, pp 37 y ss.

[18] Susana Tamaro ha llegado a decir que “más que de cualquier otra cosa, los hombres tienen miedo a la diversidad”. *Anima mundi*, Barcelona, 1997, p.20.

[19] San Pablo nos ha dejado huella de su experiencia y palabras para seguir este camino: 1 Co 9,22; Col 3, 10-15; Ef 4, 22-24.

[20] Juan Pablo II, en 1984, hablando al II^a Congreso de la pastoral de los emigrantes, dijo: “*La Iglesia debe testimoniar la calidad de la interacción que ella practica en su seno. ¿No es ella el sacramento de la unidad, que acoge en esta unidad la diversidad católica, testimoniando la reconciliación que Cristo ha conseguido sobre la Cruz? Las comunidades cristianas deberían, mejor que otras, vivir esta dinámica de la unidad fraterna y del respeto a las diferencias*”.

[21] Pedro Casaldáliga ha escrito este pequeño poema: “*Dos problemas,/ dos:/ los demás/ y yo./ El difícil otro,/ el difícil yo./ El duro nosotros/ de la comunión*”.

[22] Cf Misioneras Combonianas: *Incontro sulla comunità multiculturale* (El Cairo, 24, XI-6, XII, 1997), 13-16. También la citada carta de la Dirección General de los Misioneros Combonianos: “*La interculturalidad en la comunidad comboniana*”, nn. 46-53.

[23] Al hacer recuento de respuestas sobre lo que dicen los misioneros sobre la misión, dice Jean LEFEBRE: “Numerosas respuestas subrayan a este propósito el carácter profético de los equipos interculturales que se multiplican en nuestros institutos. No es fácil vivir juntos día a día sobrepasando las diversidades de origen y de cultura, escribe un misionero, per ahí se juega nuestra credibilidad, se trata de demostrar que el mensaje evangélico es verdaderamente una Buena Noticia que libera a los hombres de todo lo que los divide y los hace vivir en plenitud de comunión” *Misioneros y Profetas. Hermanos y Hermanas*. Spiritus,40 (1997) 85-96.

[24] Cf CENCINI, A: “*Fratelli in comunità: dalla funzione alla reciprocità*”, en “Una comunità per domani (a cura di Luigi Guccini), Bologna,2001, pp.222 y ss.

[25] “*La misma vida fraterna es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras*” (VC 85).

[26] Cf *Dentro de la globalización...* Comisión Teológica de la USG, Roma, 2000, n. 75.

[27] Giorgio dal Fiume estudia los puntos de partida para la educación intercultural.: *Educare alla differenza*, Bologna, 2000.

[28] Cf *Iglesia en Africa*, 52. *Iglesia en América*, 20. 72. *Iglesia en Asia*, 7. 39.

[29] Es fácil escuchar: “Es que el formador no nos entiende... Como es de tal parte... Se olvida fácilmente que se da unidad de naturaleza y diversidad de culturas. No se puede invocar la pluralidad para no asumir las exigencias de la unidad.

[30] L.c. nn 76-77. Ver algunos testimonios en UGEUX, B.: *Comunidades interculturales y la globalización de la misión*. Spiritus 38 (1997) 93-100. Una experiencia de comunidad internacional, SANTUCCI, F.: *La comunità religiosa internazionale*, en AA.VV: *Vivere insieme. La comunità religiosa: sfide e proposte*. Roma, 1999, 149-158.

[31] L.c.nn 58-59. Más adelante hace la Carta una aplicación al propio Instituto, que es válido para todos. Dice

así:”La particular dinámica que se crea en el diálogo intercultural ante la presencia de mayorías y minorías, a la que hemos aludido más arriba, tiene entre nosotros plena aplicación. Por una parte, la ‘mayoría hegemónica’ podría pensar, de forma más o menos consciente, que ‘lo que siempre se ha hecho’ tiene la garantía y el sello de lo que ‘es válido’, y que por tanto los recién incorporados deberán asimilarlo y continuarlo, igual que ellos aprendieron de los mayores. Ante la aparente dificultad de los jóvenes a entrar en el proceso, fácilmente se sentirán tentados de acusarles de incapacidad o impreparación, cuando no de falta de voluntad.

Por parte de la ‘minoría’ podría existir una cierta hipersensibilidad, una predisposición a no dejarse ‘absorber’, que les lleve a la afirmación de la propia identidad, aferrándose rígidamente a detalles que se convierten en bandera de las diferencias. Puede darse en caso de que quienes ahora son los compañeros de comunidad hayan sido en el pasado los ‘padres en la fe’, es decir, aquellos mismos que los han bautizado, acompañado vocacionalmente o formado. Este hecho no siempre facilita las relaciones; al contrario, puede agudizar el problema, al reforzar los motivos de dependencia y el consiguiente rechazo.

Sólo un voto de confianza y una permanente voluntad de diálogo, además de la gracia del Señor, permitirán superar los mutuos prejuicios y el juego de reacciones no siempre conscientes. Por la naturaleza misma de las cosas, tocará a la ‘vieja mayoría’ prestar una atención particular y, posiblemente, hacer las mayores renunciaciones, por eso de que la vida camina hacia el futuro. Sin embargo, también las nuevas generaciones deberán estar muy atentas a aceptar con espíritu abierto todo lo que les viene transmitido con la palabra y con la vida. En esas formas transitorias y tantas veces discutibles –en vasijas de barro- está contenido el precioso carisma del Fundador, que ellos tendrán que ‘re-crear’ y ‘re-vivir’ desde los valores de sus respectivas culturas”, nn 69-71.

[32]

Un medio que se está aprovechando es potenciar las Procuras misioneras y sus relaciones con los Organismos de ayuda internacional para fomentar la solidaridad.

[33]

Un ejemplo de estas actitudes en la Iglesia de Jerusalén, cf Hech, 2, 47-48; 4,32-34; 5, 12-16; 11, 19-26.

[34]

Estas palabras de Juan Pablo II en su *Mensaje para la Jornada mundial de la paz*, 1, enero, 2001, tienen esta explicitación:, n. 4.